

LA LEALTAD AL REY: POESÍA E HISTORIA EN LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA DE QUITO. PEDRO MARTÍNEZ DE LOAYZA

Jesús PANIAGUA PÉREZ
Universidad de León

Presentamos hoy un nuevo autor de los territorios de la Audiencia de Quito, perteneciente al último periodo del dominio colonial. Más que un consumado literato, Pedro Martínez de Loayza es simplemente un aficionado a la literatura, al menos en lo que a su poesía se refiere. El valor de la misma está, sin embargo, en descubrir que la actividad literaria de una ciudad de tercer orden como fue Cuenca, no fue del todo nula, aunque como en otros aspectos de sus artes, se hallaba muy lejos de las realizaciones artísticas de Quito o de otras ciudades de mayor importancia en el conjunto hispanoamericano. Esta falta de calidad literaria nos lleva a plantearnos el olvido a que se ha sometido a algunos centros del Nuevo Mundo, en el tiempo que estuvieron bajo el dominio de la corona española, porque su actividad estaba lejos de la categoría en los escritos que hubiese sido deseable, pero que, en última instancia, no eran más que un reflejo de otras realidades. Como en la pintura, la escultura y otros quehaceres artísticos las respuestas de muchos autores eran las que exigía su propio medio y, por tanto, no deben verse enteramente desde los parámetros de la mencionada calidad, en este caso poética, sino en relación con un medio escasamente exigente, pero que en su conjunto nos refleja toda una idea de la vida de aquellas comunidades de importancia secundaria en el panorama del mundo hispanoamericano. Sería, por tanto, interesante poder descubrir a la pléyade de autores aficionados o de segunda y tercera línea, porque ellos nos podrían dar la idea de todo lo que era y significaba el mundo artístico de la América colonial española, especialmente en los momentos en que se produjo su proceso independentista.

EL AUTOR

Creemos esencial rehacer, en la medida de lo posible, la vida del hombre que nos ocupa, pues el poema que presentamos está en relación directa con su actividad en los territorios de la antigua Audiencia de Quito. Por otro lado, la literatura del momento, que coincide con los procesos independentistas hispanoamericanos, no puede desligarse de los hechos históricos, que, por su especial relevancia, la mediatizaron hasta unos extremos de los que más adelante hablaremos. Quizá el mejor ejemplo en este sentido, puesto que nuestro autor no deja de ser muy secundario, como ya hemos mencionado, lo tengamos en el ecuatoriano guayaquileño José Joaquín de Olmedo, escritor vinculado como ningún otro a los acontecimientos políticos

de su país. Sin embargo, el mencionado Olmedo fue de los pocos escritores y poetas hispanoamericanos de este momento que adquirió cierta calidad, cultivando una literatura que podríamos denominar como *política*¹ y dentro del gusto neoclásico de la época, al que se hallaba adscrito. Valgan como ejemplo unos versos de su *Canto a Bolívar*:

*Yo acaso más osado le cantara,
Si la meonia Musa me prestara
La resonante trompa que otro tiempo
Cantaba al crudo Marte entre los Traces,
Bien animando las terribles haces,
Bien los fieros caballos, que la lumbre
De la égida de Palas espantaba.*

Pues bien, en esta literatura que se mueve en el entorno de unos hechos históricos que atrajeron toda la atención de la intelectualidad hispanoamericana en las primeras décadas del siglo XIX, es donde encontramos, escribiendo y actuando, a Pedro Martínez de Loayza. Por tanto, la actividad literaria de este hombre, como la de otros muchos de la América española del momento, no se puede desligar de su actividad política. Así pues, creemos de interés el desarrollar brevemente las noticias que tenemos de lo que fue su vida en la ciudad de Cuenca durante los pocos, pero trascendentales años que vivió en ella.

Pedro Martínez de Loayza, del que hasta el momento no sabemos nada sobre su infancia y primeros años, había nacido en la ciudad de Lima, capital del virreinato peruano y verdadero centro intelectual del mismo. Nuestros conocimientos más antiguos sobre este hombre, que inclinó, como otros muchos, su vida por la carrera eclesiástica, datan del momento en que realizaba sus estudios universitarios en Derecho y Teología en el Colegio de San Carlos de la capital peruana. Ello ya nos da la idea de un hombre perteneciente a uno de los grupos de privilegiados de aquella sociedad, al menos en los aspectos que se refieren a su formación. El colegio donde cursó sus estudios había nacido por la fusión de los colegios de San Martín y Real de San Felipe, tras producirse la expulsión de la Compañía de Jesús. Por tanto, sabemos que su educación no se hizo bajo el auspicio de los jesuitas, que habfan monopolizado, en buena medida, la educación secundaria de muchas ciudades hispanoamericanas.

En el mencionado colegio de San Carlos de Lima parece que destacó como un buen estudiante, por lo que el rector del mismo, Toribio Rodríguez de Mendoza, no dudó en informar sobre su aplicación y honestidad durante el tiempo que permaneció en el centro, incluso, le recomendó para ocupar

¹ Sobre este autor es interesante consultar obras como las de A. ESPINOSA POLIT, *Olmedo en la historia y en las letras*, Quito, 1955, o las ediciones de sus poesías publicadas en París, 1896, Quito, 1945, México, 1947. Sobre el pensamiento de este mismo autor, M. FAZIO FERNANDEZ, *Ideología de la emancipación de Guayaquil*, Guayaquil, 1987.

algún cargo de relevancia, cuando nuestro Martínez de Loayza pretendió trasladarse a la ciudad de Santiago de Chile, ya como clérigo, para continuar su vida profesional y religiosa².

Además de su paso por el colegio de San Carlos, hizo estudios en la Universidad de San Marcos de Lima, una de las más prestigiosas de la América del momento, donde se graduó en Artes y Teología, por lo que le fue expedido un certificado el 19 de agosto de 1808, por el entonces rector de la misma y catedrático de Nona, don José de Silva y Olave.

No parece que llegase a pasar al reino de Chile, como había sido su primera intención, pues en el mismo año de 1809 se hallaba embarcado en la corbeta *Castor*, encargada de trasladar los situados de Panamá, embarcación que por entonces se hallaba sin capellán. La intención de enrolarse en aquella nave le fue aprobada por el entonces arzobispo de Lima, don Bartolomé María de las Heras, sevillano, que se había posesionado de la archidiócesis en 1806, después de haber ocupado un destino anterior como obispo de Cuzco. Al contrario que nuestro autor, este prelado, con el tiempo, acataría la causa independentista, aunque, renunciando a su archidiócesis americana, había regresando a España³. Lo cierto es que Martínez de Loayza se embarcó en la mencionada corbeta el 14 de noviembre de 1809 y en ella sirvió como capellán durante siete meses. Parece que el trabajo que como tal capellán realizó fue de la satisfacción de las autoridades competentes, que le expidieron una certificación muy favorable, firmada por el comandante de la embarcación, don José de Moraleda, y por el caballero de la orden de Santiago, don Joaquín de Molina y Zuleta, jefe de la escuadra de la Real Armada y comandante general de la marina en el puerto peruano de El Callao.

Joaquín de Molina y Pedro Martínez de Loayza se debieron convertir en buenos colaboradores desde aquella experiencia de nuestro clérigo en la marina real. Precisamente, cuando al militar se le envió a los territorios de la Audiencia de Quito, por los problemas surgidos en 1809, llevaría como su capellán privado a nuestro hombre. Ambos llegaron a establecerse en Cuenca, hoy ciudad del sur del Ecuador y entonces bastión de los realistas en los territorios de la Audiencia de Quito, en 1810. Martínez de Loayza se presentaba, pues, como capellán del nuevo presidente del máximo organismo quiteño, que debía sustituir al polémico y débil Ruiz de Castilla, que no había sabido actuar con energía y talante político ante los hechos juntistas que se habían desarrollado en Quito durante aquellos años.

Coincidió la llegada de nuestro clérigo a aquella ciudad con el avance de las tropas insurgentes quiteñas hacia el bastión realista que por entonces era, habiendo avanzado ya hasta el lugar de Caspi-Corral, lo que había hecho huir de la ciudad a algunos manifestos realistas como el obispo

² AGI., Quito 569, f. 345.

³A. DE EGAÑA, *Historia de la Iglesia en la América Española. Hemisferio Sur*, Madrid, 1966, pp. 832-840.

Andrés Quintián y Ponte, el cabildo eclesiástico e incluso al recién llegado presidente Molina. Todo ello había provocado el desánimo entre los partidarios cuencanos de la causa favorable a mantener la lealtad hacia Fernando VII. Martínez de Loayza, vista la situación y el casi imparable avance de los quiteños, con una banda de músicos y dos compañías de muchachos, se dedicó a recorrer las calles de Cuenca, arengando a las multitudes y soliviantándolas a favor de sus intereses políticos; incluso, consiguió que el presidente Molina abandonase su destierro voluntario en la cercana localidad de San Juan del Valle y volviese a ocupar el lugar que le correspondía en la ciudad.

Aquellos hechos y el éxito de la campaña de nuestro clérigo consiguieron poner en entredicho al cabildo secular, favorable a la entrada de los juntistas quiteños en la ciudad. Como consecuencia, y lo mismo que había ocurrido en otros lugares del virreinato de la Nueva Granada, se convocó un cabildo abierto el 24 de febrero de 1811; aunque esta vez, al contrario de lo que había sucedido en distintas ciudades, el requerimiento se había hecho por los favorables a la causa realista, que no se sentían representados por los componentes del cabildo anterior. En aquella ocasión Martínez de Loayza sería nombrado personero representante del distrito y colector general para el sustento de la tropa. Su presunta fama en la ciudad, a partir de toda su actividad, le sirvió para poder detener las iras de la población favorable al dominio español, que se dirigían contra los antiguos regidores y contra los defensores de la causa quiteña de Carlos Montúfar.

También aquellos hechos sirvieron para reactivar al denostado ejército del gobernador cuencano, Melchor Aymerich, que salió a enfrentarse con los juntistas, por lo que éstos se vieron en la obligación de retroceder hacia el norte, con lo que la causa realista de Cuenca estaba momentáneamente salvada. Fue entonces cuando las tropas del mencionado gobernador Aymerich se pudieron retirar hacia la ciudad sureña, donde nuestro clérigo les ofreció un gran banquete en el edificio que hacía de casa presidencial y en el que se calcula que se congregaron en torno a 2000 personas. El hecho trataría de ser immortalizado por Martínez de Loayza con el dibujo y poema en los que más adelante nos extenderemos⁴, amén de una arenga, que ya publicamos en su día⁵ y en la que el autor nos demuestra un mayor dominio de la prosa retórica que de la poesía, aunque el contenido de ambos escritos es muy semejante, puesto que los dos tenían un mismo fin y unos mismos motivos. La grandilocuencia del discurso queda resumida en el último párrafo del mismo, cuando dice: *"Vuestro representante espera que no desmayéis del valor y entusiasmo con que habéis defendido vuestra patria y los derechos de nuestro muy amado monarca, don Fernando séptimo,*

⁴ AGI., *Estampas* 63.

⁵ J. PANIAGUA PEREZ, "El pensamiento realista en la independencia de Quito: Juan Martínez de Loayza", *Estudios Humanísticos. Geografía, Historia, Arte* 18, 1996, pp. 281-284.

*hasta la aniquilación de los usurpadores de tan respetables y sagrados derechos. De este modo, la fama de vuestra fidelidad volará con las alas del entusiasmo por las cuatro partes del mundo y, sirviendo de grande ejemplo y admiración, se eternizará en los corazones del mundo entero*⁶.

Como consecuencia de aquella intervención de Martínez de Loayza a favor de la causa realista, quien entonces era prelado de Cuenca, Andrés Quintián y Ponte, le nombró cura interino de la parroquia de San Sebastián, el 21 de mayo de 1811⁷, después de que le hubiese dado su beneplácito para predicar y administrar los sacramentos dentro de su diócesis⁸. En 1812 resurgieron de nuevo los acontecimientos revolucionarios, en que por segunda vez Cuenca se vería amenazada por las tropas justistas de Quito, que serían derrotadas por Valle y obligadas a retroceder hasta Riobamba, precisamente cuando ya se había nombrado como nuevo teniente general a Toribio Montes, en sustitución de Joaquín Molina, que permanecía ejerciendo sus funciones en la capital de Austro hasta la llegada de su sucesor. Ante aquellos últimos acontecimientos de nuevas amenazas sobre Santa Ana de los Cuatro Ríos de Cuenca, nuestro clérigo sería nombrado capellán de las tropas auxiliares de la ciudad, cargo por el que no percibiría ningún tipo de sueldo y para el que contó también con el permiso del obispo de la diócesis.

Sin embargo, y aunque la partida estuviese momentáneamente ganada, tras los sucesos de 1811 y la retirada de los soldados de Montúfar hacia el norte, existía el problema del mantenimiento de unas tropas que debían estar preparadas para cualquier enfrentamiento con los quiteños y sus partidarios, como de hecho hemos visto que sucedió al año siguiente. Aquel mantenimiento de un ejército preparado, con el que hacer frente a posibles conflictos, se debía hacer sin provocar el descontento de la población y sin esquilmar, más de lo que ya lo estaba, el erario público. Las cargas fiscales podían provocar las quejas de los ciudadanos y hacer inclinar la balanza del lado de los partidarios de los justistas, por lo que Martínez de Loayza trató de hallar soluciones que no comprometieran demasiado la situación interna.

Como era tradicional en aquella jurisdicción, las expectativas se pusieron en la minería de metales preciosos, cuya actividad definió Loayza como nervio de la opulencia y riqueza de las naciones⁹. Con el fin de estudiar la

⁶ *Ibidem*, p. 284.

⁷ San Sebastián era una de las dos parroquias tradicionales de Cuenca, en la que durante la primera parte del periodo colonial se había asentado una población indígena, eminentemente de forasteros, pero que a lo largo de los siglos XVII y XVIII había visto como se incrementaba su población con un número importante de españoles, sobre todo cuando la traza de la ciudad no pudo dar cabida a toda la masa de privilegiados raciales.

⁸ AGI, *Quito* 569, f. 360.

⁹ F. LANGUE, "Minas ecuatorianas de principios del siglo XIX, <<sanguijuelas>> y <<holgazanes>>", *Revista del Archivo Nacional de Historia. Sección del Azuay* 6, 1986, p. 111.

reactivación de la minería, decidió él mismo visitar las de las localidades de Nabón (hoy provincia del Azuay) y Zaruma (hoy provincia de El Oro), tarea en la que le acompañó el entendido en minas y comerciante de la carrera de Lima, don Baltasar Vélez Ramírez. Sin embargo, la visita a los dos centros mineros hubo de suspenderse entre su estancia en uno y otro lugar, por asuntos que necesitaron de su presencia en Cuenca. En el siempre importante centro minero de Zaruma estaba el 28 de octubre de 1811, día en el que se reunió con los representantes del cabildo y con el cuerpo de mineros de aquel real, que decidieron que, para reactivar aquellas decaídas explotaciones, era necesario aplicar las Ordenanzas de Minas que Carlos III había dado para la Nueva España, abriéndose asimismo un libro de mineros, del que se encargaría un comisionado, que a su vez también tendría bajo su responsabilidad la vigilancia de los minerales que se extrajeran y el beneficio de los mismos. De acuerdo con aquel rígido control que pretendía establecerse, una vez se asentasen los costos y los gastos de producción, el sobrante se depositaría en una caja de tres llaves, las cuales quedarían en manos de dos diputados y de un tesorero. En el rendimiento de cuentas que se hiciese deberían estar presentes los diputados del gremio de mineros, un tesorero y un escribano. Pero el mayor problema que tenían los explotadores de minas era la habilitación de dinero, por lo que el propio Martínez de Loayza proyectó un banco o fondo dotal, que había entrado en funcionamiento antes de aquella reunión, el 18 de octubre de aquel mismo año.

Parece que las medidas de Pedro Martínez de Loayza tuvieron su efectividad, pues la entrada en función de los quintos de aquellas explotaciones en las Reales Cajas de Cuenca conoció una importante reactivación en 1812, aunque para 1813 las cosas ya habían comenzado de nuevo a decaer¹⁰. Aquel intento hay que entenderlo dentro de la llamada política comercial mineralista de España¹¹, que desde la época de Carlos III se había puesto claramente de manifiesto con toda una serie de ventajas para los explotadores de minas¹².

Este intento reactivador de la economía de la región nos sitúa a Loayza en la misma línea de otros hombres de la facción realista dentro de la gobernación de Cuenca, y de los que podemos encontrar ejemplos semejantes en otros lugares de la antigua Audiencia de Quito. La necesidad de reavivar económicamente aquellos territorios había hecho que se proyectasen muchas soluciones, algunas de ellas de gran interés, aunque muy pocas de ellas estudiadas. Como ejemplos podemos considerar el intento de

¹⁰ J. PANIAGUA PEREZ, "El pensamiento realista", p. 278. Los datos reflejados en este estudio se pueden comprobar en ANH/C., *Libros de las Cajas Reales* 127-9, 132-9, 137-9, 140-9, 148-10, 152-8, 156-9.

¹¹ J. I. DOMINGUEZ, *Insurrección o lealtad. La desintegración del Imperio español en América*, México, 1985, p. 151.

¹² Este fenómeno puede apreciarse con claridad en la obra de D.A. BRADING, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge, 1971.

crear una fábrica de loza fina en Quito¹³ o recurrir a la explotación del Oriente quiteño, como intentaría por estos mismos años don Juan López Tormaleo¹⁴, teniente asesor de la gobernación cuencana y gobernador interino de la misma en algunas ocasiones. Este último, lo mismo que Martínez de Loayza, fueron incondicionales, en la ciudad, de la causa realista, hasta el punto de que al mencionado Tormaleo, el obispo Quintián le había considerado como uno de los más claros oponentes de los juntistas¹⁵. Probablemente nuestro clérigo y aquel grupo de reformadores realistas de última hora -los que corresponden a la segunda etapa de la ilustración española y americana- estaban viendo en el desarrollo de la economía una de las principales causas para detener el proceso independentista que se había abierto, amén de que por generación pertenecían a los tiempos del llamado *reformismo borbónico*, que tanto impacto causó en su momento, aunque no parece que, a la postre, tuviese la trascendencia que se ha pretendido.

En 1817 perdemos de vista a Pedro Martínez de Loayza en los territorios quiteños, cuando el 27 de agosto de ese mismo año era trasladado a la iglesia de Segorbe, después de habérsele ofrecido una canongía en Cuenca. Ya anteriormente, por los servicios mencionados en los sucesos juntistas, se había reclamado para él la real cruz de Carlos III¹⁶; aunque, de hecho, él mismo había solicitado tal distinción en una carta al rey de 6 de marzo de 1813¹⁷.

Nuestro Pedro Martínez de Loayza, del que hasta el momento no tenemos más noticias sobre su vida, reúne en sí unas características muy peculiares que reflejan el momento en el que le tocó vivir: es clérigo, es político y es un propagandista y, si se apura es, incluso, un soldado. De alguna forma y debido a los especiales momentos históricos volvía a resurgir la iglesia militante, ahora en relación con la causa independentista, por lo que en Cuenca, como en otros lugares de Hispanoamérica, muchos miembros del estamento religioso tomaron parte por uno u otro bando, casi de una manera febril. En la misma ciudad, el caso contrapuesto a nuestro hombre o al prelado de la diócesis, lo jugaría el agustino fray José Pastor, que se dedicó a arengar en su iglesia a los batallones independentistas, en 1820¹⁸.

¹³ J. PANIAGUA PEREZ, "Un intento de reactivación económica en el Quito del siglo XVIII. La fábrica de loza fina", *Estudios de Historia Social y Económica de América* 12, 1995, pp. 93-104.

¹⁴ J. PANIAGUA PEREZ, "Actitud ante la muerte de un funcionario en las Indias: Juan López Tormaleo", *Astorica* 17, 1998, pp. 191-210.

¹⁵ AGI, *Quito* 594.

¹⁶ F. LANGUE, *Op. cit.*, pp. 120 y 124.

¹⁷ AGI, *Quito* 569, f. 344.

¹⁸ O. CORDERO PALACIOS, *Estudios Históricos. Selección*, Cuenca, 1986, p. 199. J. PANIAGUA PEREZ, "Los agustinos de Cuenca (Ecuador) y la mentalidad religiosa a través de la iconografía agustiniana de la colección Crespi", *Archivo Agustiniiano* 82-200, pp. 147-149.

EL POEMA

El poema que hoy nos ocupa, producto de los momentos históricos que se estaban viviendo en la jurisdicción de la Audiencia de Quito, fue realizado en la ciudad sureña de Cuenca. El tinte del mismo, sin ningún disimulo, es claramente realista, pues a la postre, aquella ciudad se había convertido en el bastión más valioso de las tropas leales a los intereses de España. Por tanto, no había ninguna restricción para que fuese declamado en público y sin necesidad de utilizar una forma panfletaria, como ocurrió con otros escritos de quienes apoyaban la causa juntista de los quiteños. Para unos y otros, cada uno de acuerdo con su ideología, y como escribía fray Cayetano Rodríguez, "*La patria es la nueva musa que influye divinamente*"¹⁹.

Pedro Martínez de Loayza, del que no nos cabe ninguna duda que fue el autor del poema, transcribió el mismo en la parte inferior de un dibujo que envió al monarca, junto con todo un expediente de méritos propios, para que se le concedieran los privilegios que ya hemos mencionado y que él consideraba de justicia, después del interés que había manifestado por la causa del rey español, don Fernando VII. Por tanto, esta pequeña obra de un aficionado a la poesía, más que de un verdadero poeta, hay que inscribirla dentro de las creaciones laudatorias que tanto abundaron en el mundo americano durante el periodo colonial. Desgraciadamente, no son muchas las que hasta ahora se conocen, puesto que raramente algunas llegaron a conservarse para la posteridad, especialmente en lugares como Cuenca. Quizá, otra de las más relevantes y cercanas en el tiempo a la que nos ocupa es la loa que elaboró Antonio Marcos para las fiestas de coronación de Carlos IV²⁰, aunque las diferencias históricas entre uno y otro momento son patentes, puesto que, a pesar de su cercanía en el tiempo, por aquellos años de la coronación del rey Borbón, todavía no se estaba planteando abiertamente la lucha por la independencia de los territorios quiteños. Aun así, el afán glorificador del monarca de turno queda patente en ambos, lo mismo que los intereses personales que mueven a los dos autores. Una diferencia clara entre ambas, en cuanto a su contenido, es que las diferentes circunstancias históricas hacen que en la primera simplemente haya un elogio hacia la máxima figura del reino, mientras que en la segunda, cuando ya no todos los habitantes de Cuenca mantienen la misma postura política, al elogio del monarca se une el de aquellos que defienden su causa por uno u otro motivo.

El poema de Pedro Martínez de Loayza está escrito en forma de romance, con versos de ocho sílabas y con rima de los pares en asonante.

¹⁹ Cita tomada de E. CARILLA, *Poesía de la Independencia*, Caracas, 1979, p. XXIV.

²⁰ Esta loa fue publicada en esta misma revista en un número anterior. J. PANIAGUA PEREZ, "La loa en las Indias: la obra de Antonio Marcos en las fiestas de coronación de Carlos IV en Cuenca del Perú", *Estudios Humanísticos. Filología* 19, 1997, pp. 91-106.

La composición, en cuanto al tipo de estrofa que usa, no es especialmente llamativa, incluso podríamos considerarla como una obra de escasa calidad, realizada por un aficionado, que, aunque demuestra cierto acervo cultural, está lejos de disponer de las dotes de un ni siquiera mediocre poeta. Esto contrasta, hasta cierto punto, con la prosa que conocemos de este mismo autor, mucho más cuidada y en la que demuestra un mayor dominio. Lo que sí queda claro también en su poesía es un cierto nivel cultural, que nada tiene de extraño por su condición de clérigo y por haber pasado, como dijimos, por el colegio de San Carlos de Lima y la Universidad de San Marcos de la misma ciudad. Hay intentos de ilustrar la composición con figuras del mundo clásico, conocimientos de la historia del momento y la utilización de un vocabulario culto. Pero también hay que tener en cuenta que el poema iba dirigido para una masa no demasiado selecta de personas, esencialmente militares de todo rango y condición, por lo que lo importante era llegar a mover los sentimientos y el espíritu de quienes escuchaban la composición, con lo cual no debe resultarnos extraño que el autor recurriese a una rima fácil y pegadiza para el oído, optando por un tipo de estrofa tan popular en el mundo hispánico como era el romance, que siguió cultivándose durante el Neoclasicismo con un cierto éxito en el medio hispanoamericano²¹.

Los momentos independentistas favorecían este tipo de composiciones, pues se habían exacerbado los ánimos de las gentes de uno y otro bando, y la literatura, en especial la poesía, se mostraron como buenos vehículos propagandísticos de cara a las masas populares y también a las élites. La literatura, pues, se convirtió en un arma más en aquellos conflictos decisivos para el futuro de la nación ecuatoriana. Fueron esos momentos de odios y atracciones entre los diferentes grupos, que pugnaban por alzarse con la victoria, los provocadores de una poesía en la que lo insultante y lo laudatorio se mezclaban sin restricciones, dependiendo de a quién y en qué momento se dedicasen los versos. Así, en esta poesía se contraponen, por un lado, las ideas de la *augusta majestad* de Fernando VII y de la *mano liberal* del autor y, por otro lado, la definición de Montúfar como un *rapaz caudillo*. Cada uno, pues, creía que su causa era la más noble y no ahorra palabras y medios para ensalzarla o para denostar a sus contrarios. Realistas e independentistas querían configurar un futuro incierto, no sólo desde los campos de batalla, sino también desde los renglones de los papeles escritos. Así, como ejemplo contrapuesto al de nuestro autor, tomemos una estrofa de una canción patriótica que circuló por la calles de Guayaquil en 1821²²:

²¹ E. CARILLA, *Op. cit.*, p. XXIII.

²² A. ROMEO CASTILLO (sel.) *La Independencia de Guayaquil. 9 de octubre de 1820*, Guayaquil, 1983, p. 141

*Religión, Libertad, Patria y Leyes,
Os demandan firmeza y virtud:
Todo junto lo cifra y recuerda
Este lávaro hermoso de azul
Un gobierno pacífico, justo
Y electivo nos guarda en quietud.
Su decoro es, soldados, el nuestro.
Su existencia es nuestra salud.*

Vemos, pues, que existe una expresión muy semejante para definir una idea política totalmente contraria a la de Pedro Martínez de Loayza. En común también, está la rima fácil y pegadiza que atrajese la atención de quienes leían o escuchaban la composición. Las formas, pues, en uno y otro caso, se estaban sacrificando a una ideología o a una forma de concepción del futuro más o menos conservadora, según quien quisiese comunicar las ideas a través de lo poético. Pocas veces el sentimiento literario hispanoamericano ha estado tan apegado al ideal político, aunque lo que sucedió en este tiempo fue un buen precedente de lo que iba a ocurrir en el futuro. Para los partidarios de la metrópoli las ideas de *Dios-Patria-Rey* estaban perfectamente vinculadas en una especie de trinidad indisoluble, como se puede ver en nuestro poema. Para los contrarios *Dios-Patria-Libertad política* eran la otra cara de la misma moneda, como se comprueba en el verso que acabamos de citar. En realidad, en aquellos momentos se estaba gestando el devenir histórico de todo un continente.

Pero la obra literaria de aquellos momentos, como ya hemos apuntado con anterioridad, tenía otro componente esencial. Había un intento subyacente de ganar los favores de los poderosos, en este caso del propio rey Fernando VII, por medio de la poesía. La cuestión, sin embargo, no hay que verla como un mero elogio forzado del que se pretendían sacar unos beneficios, al menos del modo en que en la actualidad lo entendemos. Ensalzar la figura del poderoso había sido toda una costumbre desde el Renacimiento, que se aceptaba con la mayor naturalidad en casi todos los ámbitos, incluso, casi, como un requisito formal, si se quería gozar de los favores de quienes detentaban el poder. No olvidemos, por ejemplo, las abundantes introducciones que existen en los libros de los siglos XVI, XVII y XVIII con dedicatorias a personas influyentes de la monarquía, cuyo fin último era obtener algún beneficio de las mismas, fuese éste del tipo que fuese²³.

Otro ejemplo de autor que pretendió obtener beneficios de su obra en los territorios quiteños, también durante los momentos independentistas, fue

²³ Por citar un ejemplo significativo dentro de los territorios quiteños, tenemos la dedicatoria al presidente del Consejo de Indias, conde de Peñaranda, por parte de Alonso de la Peña y Montenegro, obispo de Quito, de su obra, *Itinerario para párrocos de Indios*.

el del comerciante Carlos Longomarsino²⁴, que, pretendiendo se le nombrase superintendente de la casa de moneda de Lima, tradujo y glosó unos versos latinos de Séneca, de su elogio a Octavio²⁵, los que puestos en forma de soneto dicen²⁶:

*Felicitar la patria es un empleo
De varones ilustres e inmortales
Agotando del llanto los raudales
Despojos de afligidos y de un reo.*

*La más dulce complacencia y recreo
De semejantes héroes, y hombres tales
Debe ser evitar los crudos males
Tiempo prestando a la Ira, no a Morfeo.*

*Procurar a su siglo la memoria
Sea solo de la paz y del sosiego
Al orbe entero dando esta victoria*

*Eminente virtud, sagrado fuego,
Abreviado camino es que a la gloria
Conduce sin violencia y aun sin ruego.*

Por tanto, los autores que hemos citado aquí relacionados con los territorios quiteños, como Carlos Longomarsino o Antonio Marcos, lo mismo que nuestro Pedro Martínez de Loayza, todos ellos subordinan su obra literaria a la consecución de unos intereses personales, que esperan recibir de manos de la autoridad suprema. A estos autores de la Audiencia de Quito se les puede aplicar casi la misma característica que a casi todos los del resto de América, es decir, que el análisis de sus obras no resistiría una buena crítica, a pesar de que con ellos y con otros muchos, se hubiese despertado el afán literario, especialmente durante los últimos tiempos de la dominación española. Ese afán, sin embargo, sería el que madurase mucho tiempo después, cuando lo americano, en sentido artístico, influenciado o no por Europa, tomase conciencia de sí mismo.

²⁴ J. TORIBIO MEDINA, *La Imprenta en Quito, 1760-1818*, Amsterdam, 1964, pp.84-85.

²⁵ En realidad la glosa de los versos de Séneca es muy libre, pues el autor latino se expresa de la siguiente forma: *Pulcrum eminere est inter illustres uiros./ consulere patriae, parcere afflictis, fera/ caede abstinere, tempus atque irae dare./ orbi quietem, saeculo pacem suo./ Haec summa uirtus, petitur hac caelum uia./ Sic ille patriae primus Augustus parens/ complexus astra est, colitur et templis deus./* Séneca, *Octavia*, 472-478.

²⁶ Este soneto fue publicado por el propio autor C. LONGOMARSINO en su *Proclama hecha por un individuo comerciante lleno de patriotismo y deseoso de la felicidad de todo el pueblo americano engolfado en revoluciones*, Quito, 1818. En Quito también publicó en la misma fecha su *Oración... publicada en oportunidad de la pomposa entrada a Quito de los reales sellos, remitidos por el señor don Fernando Séptimo...*

No es nuestro motivo esencial en este momento el considerar las influencias literarias que se pueden ver en la poesía de los autores realistas de esta época. Sin embargo, en el caso de Martínez de Loayza es evidente la presencia que existe de la poesía española, aunque se aprecia también la influencia del mundo clásico, al menos a la hora de aceptar ciertas comparaciones. Esta característica, por un lado, estaba muy dentro de la tendencia neoclásica del momento, desarrollada en América con cierto retraso; pero, por otro lado, no suponía la muerte definitiva del Barroco en aquellas latitudes. Evidentemente, en otros autores opuestos políticamente, de corte revolucionario, apreciaremos también influencias ideológicas modernas para la época, lo cual no solía suceder con los realistas, como nuestro clérigo, que se habían convertido en los defensores a ultranza del Antiguo Régimen.

Las circunstancias peculiares en que se escribió el poema que nos ocupa, como sucede con otros múltiples ejemplos, hace que la dimensión heroica tienda a ocuparlo todo; y en los versos de Martínez de Loayza, en esa línea, nos aparecen los nombres de Marte y Belona, que encontraban en esa mencionada vena heroica el ámbito más propicio para su presencia²⁷. Ambos dioses del mundo grecorromano, relacionados con la actividad guerrera, son los únicos del panorama clásico que se mencionan en estos versos que, aunque dedicados a la población realista de Cuenca, especialmente a quienes se habían opuesto de una u otra manera a la causa de Montúfar, lo eran de una manera primordial para los soldados que habían participado en la campaña que, al frente de Melchor Aymerich, habían hecho retroceder a las tropas comandadas por el mencionado juntista quiteño. Dioses guerreros para hombres de guerra. Y, sin embargo, en un tema como el de la guerra, que tanto se prestaba a la descripción y al tratamiento de los paisajes, falta ese elemento en la obra que nos ocupa. Los paisajes andinos para nada aparecen reflejados mínimamente y el autor los conocía y había viajado a través de ellos e, incluso, no se escapa a casi nadie que se prestan para describir acciones bélicas o para establecer comparaciones que muy bien podrían ir unidas a la figura de Marte y a aquellos momentos de conflicto. Frente a esto, sí hace una descripción interesante del lugar donde él conmemoró el triunfo sobre los quiteños y de lo que más adelante hablaremos, aunque sea someramente.

Pero veamos ahora el poema de Pedro Martínez de Loayza, en que se empeña en hacer destacar su figura, como hombre fiel a la causa de Fernando VII, sobre la del resto de los participantes del evento en que fue declamado:

²⁷ E. CARILLA, *Op. cit.*, p. XXIV.

Los servicios de un vasallo
No se pueden comparar
Con la grandeza de un rey
Y cortos deben quedar
Pero el amor a Fernando
Es imposible ocultar.
Veamos, pues, la discusión
De un convite general
Cuando la ingrata Caracas,
Cartagena y Popayán,
Con Santa Fe²⁸ le hacen guerra
A su señor natural²⁹.
Cuando Quito y su soberbia
El yugo quiere apartar
Del católico monarca
Con sombra de libertad.
Cuando desde el bajo Infierno
La furia se hace acercar
Para destrozarse a Cuenca
Con fiera barbaridad³⁰.

Cuando su rapaz caudillo
Se promete ya triunfar
Y no dejar en la tierra
Quien siga al partído real³¹.
Cuando los nobles vecinos
Se ocultan para escapar;
Y tímidos aún disponen
Dar pase a la iniquidad³².
Cuando gime el bajo pueblo
Y premedita fugar,
Cuando el rebaño carece
De su sombra pastoral³³.
Cuando se ve con dolor
Huido al regio tribunal
Por no ser víctima triste
De Quito y su crueldad³⁴.
Don José Martínez Loayza
Con invención singular
Disipa la cobardía
A expensas de su caudal.

²⁸ El autor está haciendo referencia a los sucesos ocurridos en esas ciudades y sus territorios entre 1809 y 1811. Todas ellas habían optado por posturas preindependentistas que trataron con más o menos éxito de expandir geográficamente, hasta el punto de crearse un conflicto entre las Juntas de Quito y Popayán, ésta última muy vinculada a la de Santa Fe.

²⁹ Fernando VII.

³⁰ Se está refiriendo el autor al avance de Carlos Montúfar, al frente del ejército de la Junta de Quito, hacía la ciudad de Cuenca, aunque consiguieron ser detenidos por el ejército de Melchor Aymerich en los primeros meses de 1811.

³¹ Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre, había sido comisionado, lo que había aprovechado para levantar los ánimos antirrealistas en toda la Nueva Granada. Había avanzado hacia el sur con unos 2000 hombres y, tras su triunfo en la ciudad de Guaranda, pretendía llegar hasta el bastión realista de Cuenca.

³² Se refiere a la huida de muchos de los vecinos de Cuenca, especialmente a la de algunos miembros del Cabildo secular, que habían convenido la entrada de las tropas insurgentes en la ciudad, por lo que se había convocado un cabildo abierto el 24 de febrero de 1811.

³³ El entonces obispo de Cuenca, Andrés Quintián y Ponte, fiel a la causa realista y abiertamente opuesto a la Junta de Quito, había tenido que huir a la ciudad de Guayaquil en una situación que él mismo nos relata en un documento conservado en el AGI, *Quito* 594, f. 252.

³⁴ El tribunal de la Real Audiencia, instalado en Quito desde el siglo XVI, ante los hechos acaecidos en aquella ciudad, había tenido que refugiarse en la ciudad de Cuenca, hasta que pudo ser restituida a Quito el 19 de julio de 1816. Sin embargo, ya con anterioridad, se hallaban en Cuenca el presidente Joaquín Molina y el oidor Manzanos, que ante el avance juntista se habían refugiado en la localidad de San Juan del Valle.

Exhorta la justa causa
Por las calles del lugar
Y congrega los dispersos
Reuniendo la vecindad.
Para que su noble intento
Tenga buen preliminar
Difunde un leal entusiasmo
En favor de la verdad.
Da principio con los niños³⁵
Y a Fernando hace aclamar,
Logrando verse imitado
Por todos de la ciudad.
En obsequio de la patria
Y nuestro rey tutelar
Con aceptación del pueblo
Y la gente principal.
Estampa y dirige un pliego
Al capitán general
A que empuñando a Belona³⁶
Sostenga su inmunidad.
Para mantener las tropas
Se destina a colectar
Donativos, y principia
Oblando una cantidad.
Sacrifica su persona
Fustigándola en buscar
Carnes, granos, pan, bebidas
Con el más activo afán.
Adelantando su empeño
Para mejor obligar
Al respeto y sumisión
De la augusta majestad.
Dispone pues un banquete
Y hace para él convidar
A los patriotas vecinos
Tropas y oficialidad.

Respetables batallones
Con denuedo militar
Ostentando disciplina
Al mando de un oficial.
Han aceptado el convite
Y en paso de desfilar
Entran todos a un palacio
Que hoy disfruta el timbre real.
A su adorno y simetría
Nunca se podrá imitar
Pues su abundancia pregona
Una mano liberal.
Decoradas perspectivas
Se hacen de todos mirar
Arcos formando elevados
Con diestra curiosidad.
Solo un sistema y un rey
Y un honor en el pensar
Es el vínculo de todos
En un amor fraternal.
¿Lejos de aquí la discordia
Por qué no tiene lugar
Donde solamente influye
El rey, la fidelidad?
La música encantadora
Con lento y dulce compás
Hace brotar de los pechos
Expresiones de lealtad.
A unos con tiernos suspiros
A otros en su lamentar
De Fernando les recuerda
En su cruel cautividad.
Si esta música halagüeña
Resuena con gravedad,
A Marte le aguza puntas
Y hace ligero el metal.

³⁵ Su primera acción había sido reclutar dos batallones de muchachos de la ciudad.

³⁶ Belona era una divinidad romana de la guerra, Tenía su templo cerca del de Marte y en él esperaba el Senado a los generales que regresaban triunfadores de alguna campaña. A veces se la identificó con Nerio, cuyo culto parece que se introdujo en Roma en tiempos de la familia sabina de los Claudios. Al final del Imperio también tuvo una identificación con la divinidad capadocia de Mã. El que nuestro autor recurra a esta figura puede deberse a que uno de sus atributos podía ser una lanza.

Este poema de exaltación va acompañado de un dibujo que, si lo mismo que el escrito, no es de una gran calidad compositiva, sí resulta de interés, por ser uno de los escasos documentos arquitectónicos que tenemos sobre la ciudad de Cuenca durante el periodo colonial, al margen del propio valor histórico que pueda tener³⁷. Es una arquitectura muy tradicional en la ciudad, pero donde los elementos ornamentales denotan un cierto gusto neoclásico, como eran los pabellones textiles, las columnas toscanas enramadas, etc. Pero además, hay que tener en cuenta el valor escénico de la composición.

La poesía había sido realizada para leer en público y es por ello por lo que Martínez de Loayza la adjunta a un dibujo, en que se reflejan las condiciones para la que fue elaborada. Al efecto de los discursos, que en el provisional palacio presidencial se pronunciaron y donde fue leída la composición, se había elevado un templete coronado por la inscripción abreviada de "*Viva Fernando VII*". Autoridades y gentes de guerra pudieron escucharlo y regocijarse con el triunfo. Gustaban los cuencanos de todas las condiciones sociales y étnicas, como otros hispanos, de aquellas celebraciones y eventos festivos que rompían la monotonía de la vida diaria de la ciudad o que relajaban el espíritu ante ciertos acontecimientos. En tales celebraciones la música casi siempre gozaba de un lugar privilegiado y jugaba un papel esencial, tal y como lo muestra el dibujo que adjunta la relación de méritos de Martínez de Loayza y que aquí reproducimos.

CONCLUSIONES

Estamos ante un autor que no deja de ser un aficionado a la poesía, pero embebido por unas ideas políticas que le hacen recurrir a ese género literario como forma de expresión de unos sentimientos, que marcaron la trayectoria histórica de un territorio, el de la antigua Audiencia de Quito, en unos momentos claves, que conducirían años después a la independencia. Por tanto, la poesía está concebida como un discurso político del que también se esperaban las recompensas pertinentes en honores y en favores económicos.

La publicación de este poema y el contexto histórico en el que se produjo resultan inseparables y son el reflejo de toda una literatura, en buena medida desconocida dentro de los territorios de la antigua Audiencia de Quito, que se generó en los dos primeros decenios del siglo XIX ante el desarrollo de unos acontecimientos que tendrían, según hemos expresado reiteradamente, como punto final la independencia.

Esta obra literaria, cuya calidad no es lo más llamativo, merece la pena ser salvada del olvido, más por su contenido que por cualquier otra cuestión formal. Es esa misma línea también habría que añadir algo semejante en lo

³⁷ En las láminas adjuntas se da toda una numeración, que no es consecutiva en las mismas, puesto que se respeta la que ofrece Martínez de Loayza con su lectura, situada en la parte inferior izquierda del dibujo.

referente al propio autor, don Pedro Martínez de Loayza. El valor de esta obra, al igual que de otras en su misma tónica, sólo puede concebirse en el conjunto de creaciones de la época o como complemento de toda una problemática histórica, puesto que, como hemos venido diciendo, la calidad no es lo suficientemente llamativa como para servir a la revitalización literaria de quien la escribe, aunque consideremos que merezca la pena salvar del olvido a tal autor.

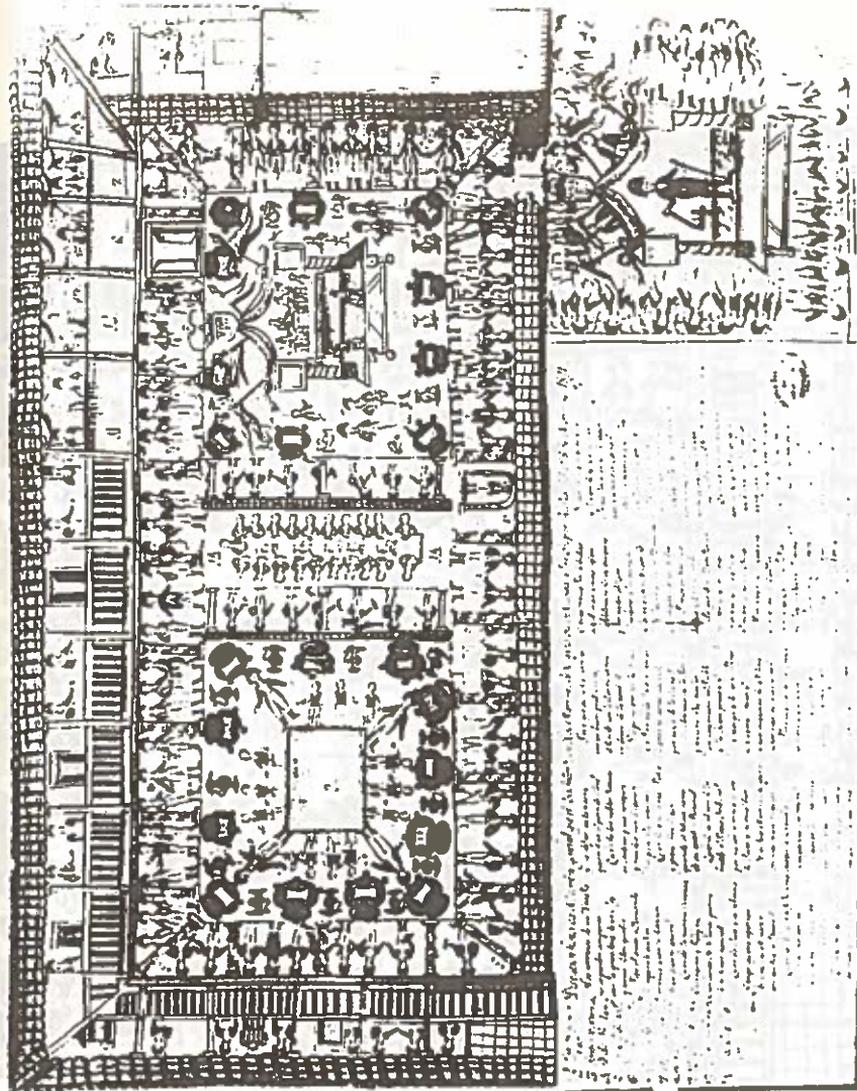
El éxito de esos escritos queda claro que dependió también de la posición política de los autores de aquel momento histórico. Los realistas, que escribieron a lo largo de los dos primeros decenios del siglo XIX, iban a correr peor suerte, en este sentido, que los defensores de la independencia, por razones que resultan obvias tras el triunfo final de quienes apoyaban la ruptura con la vieja metrópoli. Sobre aquéllos se tendió el manto del olvido, no sólo porque muchos no tenían la suficiente calidad, como es el caso de nuestro autor, sino también por las propias circunstancias. Por un lado, a su regreso a España, cuando éste se dio, no podían competir en los mercados literarios más exigentes de la Península. Su pensamiento, por otro lado, se oponía a las ideas triunfadoras en las viejas colonias hispánicas, por lo que sus obras, de mayor o menor calidad, se vieron relegadas al olvido en las nuevas naciones donde se habían elaborado, en un momento en que la exaltación nacionalista tendió a copar casi todos los espacios del quehacer artístico.

En ésta, como en otras muchas obras del momento, no se podía ni se puede exigir una calidad que el momento no permitía, pues estamos ante creaciones de impacto momentáneo en función de acontecimientos que se sucedían de una forma muy rápida. Como dice Rivera-Rodas, una actitud crítica, coherente y comprensiva del fenómeno literario de aquella época, no puede emplear ni tonos absolutorios ni condenatorios³⁸.

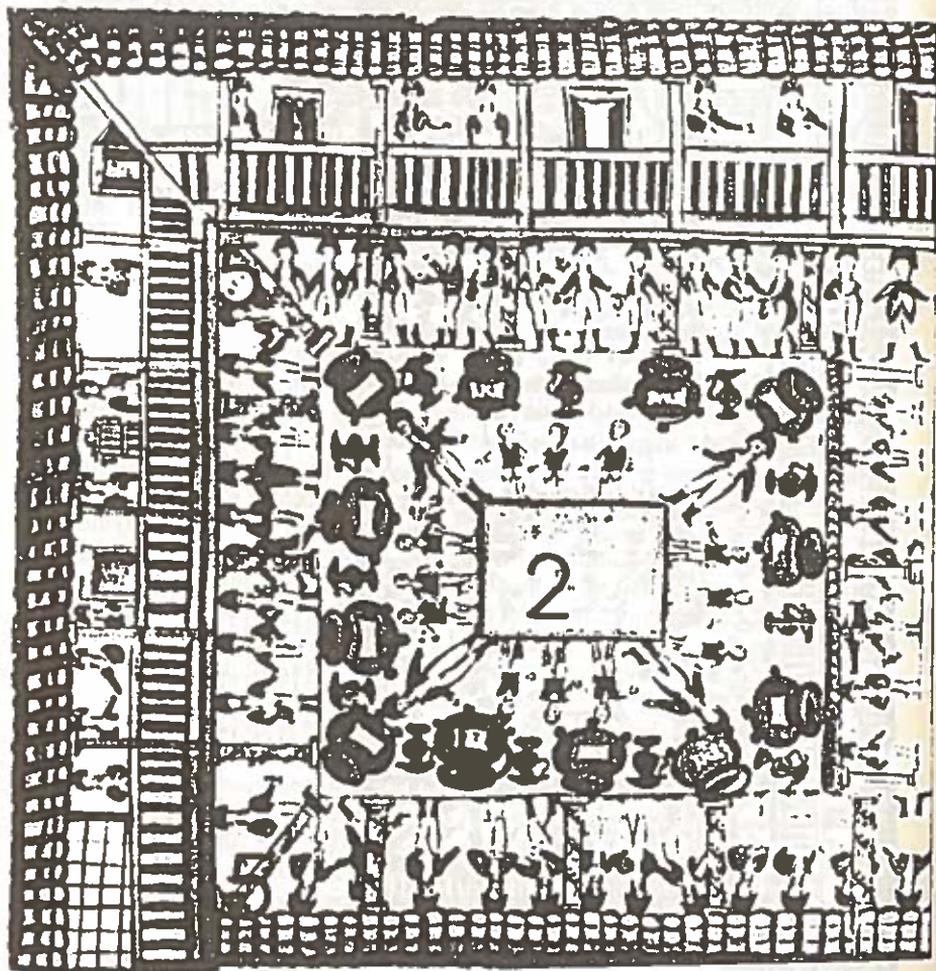
Este poema, además, no va dirigido a un público selecto en el sentido literario del término, sino que con él se pretendía llegar a una población, esencialmente militar y política, de formación muy variopinta, pero con un interés común en la defensa de la causa realista, como queda probado en el dibujo que adjuntamos en este trabajo y que forma parte del mismo romance.

Por último, es conveniente recordar que el gusto por mezclar lo literario con lo político, aunque pudiese ser una característica del Neoclasicismo en boga, no deja de suponer una permanencia del espíritu barroco americano, el que el afán pedagógico de las artes había impregnado múltiples creaciones de todo tipo, como forma de aculturación y como experiencia a transmitir del Viejo Mundo, en el que hubo una necesidad vital de introducir a América y a los americanos. En este sentido, la exposición escénica del poema resulta esencial, si tenemos en cuenta el alto grado de analfabetismo que existía entre determinados sectores de la población.

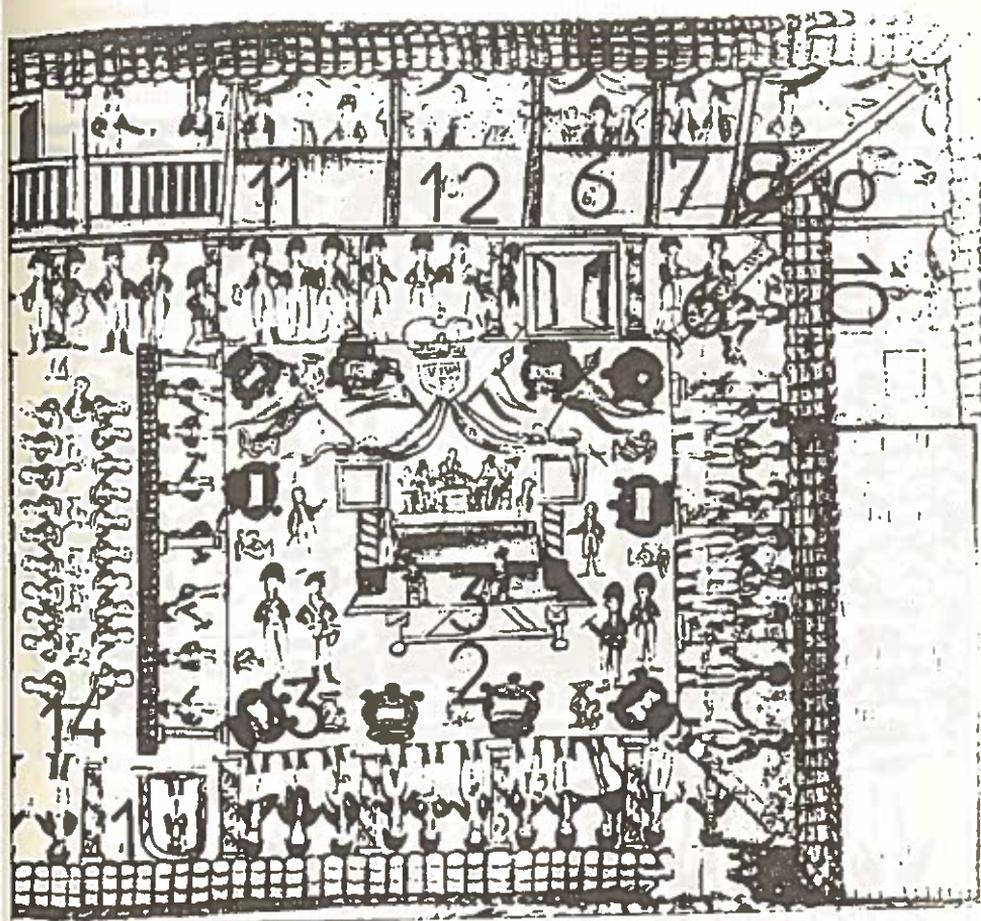
³⁸ O. RIVERA-RODAS, *La poesía Hispanoamericana del siglo XIX*, Madrid, 1987, pp. 4-5.



Lám. 1.- Plano del palacio presidencial en Cuenca, el día del convite ofrecido por Pedro Martínez de Loayza. 4.- Teatro de proclama.



Lám. 2 - Detalle de la lám. 1 (izquierda); 2.- Podio. 5.- Mesa de los soldados. 13.- Anforas.



Lám. 3.- Detalle de la lám. 1 (derecha): 1.- Puerta principal. 2.- Podio. 3.- Teatro de música. 6.- Galería del presidente y mesa de los soldados. 7.- Galería del gobernador. 8, 9 y 10.- Oficialidad. 11 y 12.- La nobleza. 13.- Las ánforas. 14.- Mesa de Honor.



Lám. 4.- Detalle de la lám. 1 (inferior): 4.- Teatro de proclama.